
ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Bretaña.—Gales.—Bosque junto á la cueva de Belario.

Entra CLOTENIO.

CLO. Cerca estoy del sitio donde deben encontrarse. Sí, Pisanio me lo ha indicado correctamente. ¡Qué bien me caen sus vestidos! ¿Por qué su dama, que fué hecha por quien hizo al sastre, no ha de caer lo mismo? Las caídas de la mujer dependen, con perdón sea dicho, de su temperamento. Trabajaré para ello. Me atrevo á asegurar, porque no es vanagloriarse el conferenciar un hombre con su espejo y en su propia alcoba, que las líneas de mi cuerpo están tan bien trazadas como las del suyo, que soy tan joven como él, más robusto, no menos favorecido que él por la suerte, y más favorecido por las circunstancias, de mejor cuna, tan entendido como él en los asuntos generales del servicio y en las luchas de cuerpo á cuerpo, más distinguido que él; ¡y esta casquivana, sin embargo, lo ama á mi despecho! ¡Lo que es la vida! Póstumo, la cabeza que ahora ostentas sobre tus hombros, caerá dentro de una hora. Tu dama será violada. Tus vestidos hechos andrajos ante sus ojos, y cumplido todo esto, á puntapiés la mandaré á casa de su padre, quien quizá se enoje por mi

aspereza; pero mi madre, que sabe cómo dominarlo, aceptará lo hecho en alabanza mía. Sujeto y seguro está mi caballo. Sal, espada, y para siniestro objeto. Ponlos, suerte, en mis manos. Este es el sitio de su cita según la descripción, y ese Pisanio no se atrevería á engañarme. (Vase.)

ESCENA II.

Bretaña.—Ante la cueva de Belario.

Entran desde la cueva BELARIO, GUIDERIO ARVIRAGO é IMÓGENES.

BEL. (A Imógenes.)

No estás bien. En la cueva permanece.
Cuando hayamos cazado volveremos.

ARV. (A Imógenes.)

Quédate, hermano, aquí. ¿No soy tu hermano?

IMÓG. Así debiera ser entre hombre y hombre.

Pero difiere en dignidad la arcilla
Siendo idéntico el polvo que la forma.

Muy mal me siento.

GUID.

Vete tú de caza,

Con él me quedaré.

IMÓG.

No estoy tan malo,

Por más que no estoy bien. Ni pisaverde

Tan cortesano soy, que se me antoje

Morir sin enfermar; y así, dejadme.

Cumplid vuestra tarea cotidiana.

Quien falta á la costumbre, falta á todo;

Mal estoy, mas que aquí quedéis conmigo

Alviarme no puede, ni consuela

A quien no puede hablar la compañía.
 Muy malo no estaré, pues así hablo.
 Confiad en mí. Dejadme. Solamente
 Me robaré á mí mismo, y si me muero,
 Muy poco robaré.

GUID. Ya te lo dije,
 Que tanto cuanto fuere mi cariño
 A mi padre, te quiero.

BEL. ¿Cómo? ¿Cómo?

ARV. Si decirlo es pecar, uncidme al yugo,
 Señor, del crimen de mi buen hermano.
 No sé por qué razón quiero á este jóven;
 Mas á vos mismo asegurar he oído
 Que la razón de amor, razón no tiene.
 Si un ataúd se hallase á nuestra puerta
 Y «¿quién ha de morir?» me preguntaren,
 «Mi padre, respondiera, no este joven».

BEL. (Aparte.) ¡Altivo impulso! ¡Dignidad innata!
 ¡Raza de reyes! Al cobarde engendra
 El cobarde. Lo vil, lo vil produce.
 Trigo y paja nos da naturaleza,
 Cual nos da la ruindad y la nobleza.
 Su padre yo no soy, pero es extraño
 Que á este joven prefieran en mi daño.
 Las nueve son.

ARV. Adios, hermano mío.

IMÓG. Buena suerte.

ARV. Salud. Cuando gustéis (Se retiran.)

IMÓG. (Aparte.) Nobles criaturas son. Los cortesanos
 Dicen que sólo se hallará rudeza
 Fuera de la ciudad. A desmentirlo
 ¡Oh experiencia! tú vienes. Grandes monstruos
 Engendra el fiero mar. Preciosos peces
 El miserable río tributario.

- Mala me siento aún. Angustia tengo.
 Ahora, Pisanio, probaré tu droga. (Tragándola.)
- GUID. No pude hacerle hablar. Dijo que era
 Noble, pero infeliz. Por deslealtades,
 Aunque leal él era, padecía.
- ARV. Eso me dijo á mí; pero que luego
 Quizá supiera más.
- BEL. Al campo, al campo.
 Ahora, te dejaremos. Ve y descansa.
- ARV. No tardaremos mucho.
- BEL. Te suplico
 Tengas salud, que ama de llaves eres.
- IMÓG. Con salud ó sin ella, todo vuestro.
- BEL. Ojalá.

IMÓGENES entra en la cueva.

- Me parece que este joven
 Es, aunque en grave apuro, de alta alcurnia.
- ARV. Su voz es la de un ángel.
- GUID. ¡Que manera
 De cocinar! Moldea las verduras
 Con gran primor, y condimenta el caldo
 Cual si tuviese que adietar á Juno.
- ARV. Al suspirar sonrío dulcemente,
 El suspiro envidiando la sonrisa,
 La sonrisa extrañando que el suspiro
 De tan divino templo se separe
 Y se una al viento que desprecia el nauta.
- GUID. Arraigados en él la pena hallo
 Y la resignación, juntas creciendo.
- ARV. Crece resignación y que la pena,
 Sauce podrido, su raíz vetusta,
 Desenmarañe de la vid rubusta.
- BEL. Es de día. Partamos. ¿Quién se acerca?

Entra CLOTENIO.

- CLO. Con esos fugitivos dar no puedo.
Me ha engañado ese vil. Estoy cansado.
- BEL. «Con esos fugitivos.» ¿Con nosotros?
El hijo de la reina me parece.
Clotenio es. Me temo una emboscada.
Años ha no lo he visto, y sin embargo,
Sé que es él. Fuera de la ley vivimos;
Vámonos pues de aquí.
- GUID. Tan sólo es uno.
Tú y mi hermano id á ver si trae compañía;
Marchaos, y con él solo dejadme.
- (Vanse Belario y Arvirago.)
- CLO. ¿Calle! ¿Quién sois que me evitáis huyendo?
¿Bandidos montaraces? Os conozco
De oídas. Siervo, tú quién eres, dime.
- GUID. Nunca acción tan servil he cometido
Cual responder á la palabra siervo
Sin dar un golpe.
- CLO. Bandolero eres.
Ladrón proscrito. Ríndete, villano.
- GUID. ¿A quién? ¿A ti? ¿Quién eres? ¿Como el tuyo
Mi brazo, di, no es grande? ¿No es tan grande
Mi corazón? Más grandes tus palabras
Te concedo que sean. Yo no llevo
Mi puñal en la boca.
- CLO. Dí, villano,
¿No me conoces por la ropa mía?
- GUID. No, bribón; ni á tu sastre, que sin duda
Tu abuelo fué, pues hizo ese vestido
Que te hace á ti por lo que vamos viendo.
- CLO. No lo hizo mi sastre, vil canalla.

- GUID. Las gracias vete á dar en ese caso
Al hombre que lo hizo. Imbécil eres
Y darte una paliza me repugna.
- CLO. Ladrón audaz, oye mi nombre y tiembla.
- GUID. ¿Cómo te llamas, di?
- CLO. Clotenio, infame.
- GUID. Clotenio, doble infame, ten por nombre,
Y no me harás temblar. Si fuera sapo,
Áspid ó araña, más me conmoviera.
- CLO. Para más espantarte y confundirte,
En mí contempla de la reina al hijo.
- GUID. Lo siento mucho, porque no pareces
Digno de tal alcurnia.
- CLO. ¿Nada temes?
- GUID. Temo á quienes admiro, á los discretos:
De los tontos me río.
- CLO. Muere entonces.
Y después de matarte con mi mano,
Iré tras los que ha poco de aquí huyeron,
Y en las puertas de Lud, vuestras cabezas
Colocadas serán. Ríndete digo,
Villano montaraz. (Vanse luchando.)

Vuelven á entrar BELARIO y ARVIRAGO.

- BEL. Nadie viene con él
- ARV. Nadie viene. De fijo, te engañaste.
- BEL. No lo sé. Tiempo ha que no lo veo,
Pero á pesar del tiempo transcurrido,
En él persisten sus antiguos rasgos.
El timbre de su voz el suyo era;
Suyo el modo de hablar intemperante;
Estoy seguro, pues, de que es Clotenio.
- ARV. En este sitio mismo los dejamos.

Ojalá que mi hermano la partida
Ganado haya. Píntaslo tan fiero...

BEL. Joven aún: aun antes de ser hombre,
El peligro mayor no le imponía,
Pues muchas veces el escaso juicio
Al miedo cura. Mas tu hermano viene.

Vuelve á entrar GUIDERIO con la cabeza de CLOTENIO.

GUID. Necio era este Clotenio; bolsa huera
Sin dinero. Ni aun Hércules lograra
Sus sesos machacar: no los tenía.
A no hacer esto yo, él mi cabeza
Se llevara, cual yo traigo la suya.

BEL. ¿Qué hiciste?

GUID. Claro está: de un tal Clotenio,
La cabeza he cortado. De la reina
Hijo era, según aseguraba.
Traidor llamóme y montaraz, y dijo
Que de nosotros con su aislado brazo,
A apoderarse iba; y separadas
Nuestras cabezas del lugar en donde
Están por gracia de los dioses, luego
En la ciudad de Lud las fijaría.

BEL. Nos perdimos.

GUID. Escucha, noble padre.
¿Qué otra cosa perder nos es posible
Más que la vida que juró quitarnos?
La ley no nos protege. Pues entonces,
¿A qué ser blandos, y dejar que un trozo
De carne tan audaz así nos trate,
Haciéndose de juez y de verdugo,
Porque respetos á la ley debemos?
¿Habéis visto si gente le seguía?

BEL. No hemos visto ni un alma, mas de fijo
 Traería compañeros. Aunque instable
 Era el carácter suyo, y de lo malo
 Pasaba á lo peor, ni la clemencia,
 Ni la locura rematada pueden
 Desbarrar hasta el punto de inducirle
 A venir solo aquí. Quizá en la corte
 Hayan oído que proscriptos viven
 En esta cueva, y cazan, y que pueden
 Ser peligrosos con el tiempo acaso.
 Y que oyéndolo él, es su carácter,
 Haya pensado hacernos prisioneros.
 Mas no es probable que viniera solo,
 Ni que él lo propusiera ó lo aceptaran;
 Y con razón recelo, recelando
 Que más que la cabeza de este cuerpo
 Es temible la cola.

ARV. ¡Cual los dioses
 Lo han previsto que sea! Mas no obstante,
 Mi hermano ha obrado bien.

BEL. Hoy mal dispuesto
 Para cazar estuve: la dolencia
 De ese joven Fidel me preocupaba.

GUID. Con la idéntica espada que blandía
 Contra mi cuello, la cabeza suya
 Le cercené. La arrojaré al arroyo
 Detrás del monte. Que á la mar se vaya
 A contar á los peces que es Clotenio,
 El hijo de la reina, y concluído. (Vase Guiderio.)

BEL. Me temo que se venguen. Polidoro,
 Ojalá que esta hazaña nunca hicieras;
 Pero el valor distingue tu carácter.

ARV. Ojalá yo la hiciera, y solamente
 Fuera el objeto yo de su venganza.

Te amo fraternalmente, Polidoro,
 Pero envidio la hazaña que me robas.
 Ojalá que viniera en nuestra busca,
 Para tomar venganza, cuanto fuere
 Posible resistir con fuerza humana
 Y á prueba nos pusiera.

BEL. Ya está hecho,

Hoy no cazamos más. Ni pretendamos
 Arrostrar sin ventajas los peligros.
 A nuestra roca. Tú y Fidel, cocinen;
 La vuelta del violento Polidoro
 En este sitio esperaré entretanto,
 E iremos á comer en cuanto vuelva.

ARV. ¡Pobrecillo Fidel! Con sumo gusto
 A verle voy. Un barrio de Clotenios
 Para darle color desangraría,
 Y de caritativo me jactara. (Vase Arvirago.)

BEL. ¡Oh dioses! ¡Divinal naturaleza!
 ¡Cómo en estos dos jóvenes egregios
 Te dejas ver! Cual céfiros suaves
 Por entre las violetas se deslizan,
 Sin mover las corolas aromadas;
 Mas, si su regia sangre se enardece,
 Violentos, como ráfagas furiosas,
 Los altos pinos por las copas cogen,
 Y hasta el valle más hondo los humillan.
 Asombro causa que invisible instinto
 Sin enseñanza en reyes los convierta,
 Nobleza les inspire y cortesía
 Que en otros nunca vieron, y ese brío
 Que en ellos crece libre, y, sin embargo,
 Cosecha da cual si sembrado fuera.
 ¿Mas qué implica venir aquí Clotenio?
 Y ¿qué nos puede acarrear su muerte?

Vuelve á entrar GUIDERIO.

GUID. ¿En dónde está mi hermano? Por el río
Ya la cholla envié de ese Clotenio
De embajada á su madre. Cual rehenes,
Esperando su vuelta el cuerpo queda.

(Música solemne.)

BEL. ¡Mi armónico instrumento! Polidoro,
Óyelo resonar. Mas ¿qué motivo
Puede Cádval tener para tocarlo?
Escucha.

GUID. ¿Se halla en casa?

BEL. Entró hace poco.

GUID. ¿Qué nos dará á entender? Desde la muerte
De nuestra amada madre, no se tañe.
Para solemnes ocasiones, sólo
Lo solemne resérvase. ¿Qué pasa?
Reir de nada, lamentar, friolera,
Goce de simios es, pueril quimera.

BEL. Se ha vuelto loco Cádval.

Mira, ahí viene,
Trayendo en brazos el motivo triste
De su inculpado proceder.

Vuelve á entrar ARVIRAGO trayendo á IMÓGENES,
aparentemente sin vida, en los brazos.

ARV. Ha muerto

El pajarillo que mimamos tanto.
Desde los diez y seis, mejor quisiera
Los sesenta alcanzar de un brinco solo:
Por muletas trocar mis verdes días
Que ver esto.

GUID. Gentil y bello lirio,
¡Cuánto mejor que asido por mi hermano
Enhiesto y sin apoyo te ostentabas!

BEL. Melancolía, ¿quién sondarte pudo;
Dar con el limo que la costa indique
Donde pueda encontrar mejor albergue
Tu frágil barquichuelo? Bendecida
Criatura, tú. Tan sólo Jove sabe
Lo que serías cuando fueras hombre,
Joven encantador. Yo sé tan sólo
Que de melancolía falleciste.
¿Cómo lo hallaste?

ARV. Rígido. Miradlo,
Riente, cual si haciéndole cosquillas
Una mosca, su sueño interrumpiera,
Burlándose del dardo de la muerte,
Sobre un cojín posada la mejilla.

GUID. ¿En dónde?

ARV. Sobre el suelo. Con los brazos
Así cruzados. Lo juzgué dormido.
Y me quité mis reforzados zuecos,
Que por demás mis pasos repetían.

GUID. ¡Vaya! Duerme no más. Mas si no existes,
Lecho se volverá tu sepultura.
Visitarán las hadas tu sepulcro,
Y junto á ti jamás vendrán gusanos.

ARV. Con las más bellas flores mientras dure
El verano, Fidel, y aquí yo viva,
Adornaré tu triste sepultura.
Ni la pálida primula, que iguala
Tu rostro, ha de faltarte, ni tampoco
La campanilla, azul como tus venas.
Ni hojas de escaramujo, cuyo aliento
No pudo en suavidad aventajarte.

El pechirojo, con piadoso pico,
 Pico que sonrojó profundamente
 A quienes recibiendo rica herencia,
 A su padre dejaron en la fosa
 Sin monumento alguno; todo esto
 Te he de traer. Si tal, y espeso musgo,
 Cuando las flores hayan acabado,
 Para abrigar tu cuerpo en el invierno.

GUID. Te suplico que ceses y no hables
 De tan serios asuntos como niño.
 A enterrarle. Pagar la deuda nuestra
 Con nuestra admiración, no dilatemos.
 A la tumba.

ARV. ¿Dí, dónde se coloca?

GUID. Al lado de Euripila, nuestra madre.

ARV. Está bien; y aunque ahora, Polidoro,
 Es nuestra voz más áspera, cantando
 Llevémosle á la fosa, cual hicimos
 Con nuestra madre un día, y emplearemos
 Música igual, idénticas palabras,
 Salvo decir Fidel por Euripila.

GUID. Cádval, cantar no puedo. Sollozando
 Las palabras diré. Desentonadas
 Notas lúgubres son más discordantes
 Que sacerdotes que en el templo mienten.

ARV. Las diremos no más.

BEL. Las grandes penas,
 Las menos grandes curan. Olvidado
 Está Clotenio ya. Muchachos, hijo
 Fué de una reina. Si enemigo nuestro,
 Su deuda ya pagó. Chicos y grandes,
 Polvo idéntico tienen al podrirse;
 Mas el respeto, el ángel de este mundo,
 Al grande del humilde diferencia.

- Príncipe era el enemigo nuestro,
 Y, aunque como enemigo lo mataste,
 Enterrarle cual príncipe es preciso
- GUID. Te ruego que lo traigas. El cadáver
 De Ajax es semejante al de Tersites.
- ARV. Mientras tú vas por él, repetiremos
 Nuestra canción. Hermano, tú principia.

(Vase Belario.)

- GUID. Ten, Cádval, coloquemos su cabeza
 Á Oriente, sus razones para el caso
 Tiene padre.
- ARV. Es verdad.
- GUID. A removerlo
 Ven á ayudarme, pues.
- ARV. Bien. Tú principia.

(Canción.)

Ya no temes al sol rubicundo
 Ni el rigor del invierno furioso;
 Tu jornal ya cobraste en el mundo
 Y en tus lares encuentras reposo.
 La linda doncella y el joven gentil,
 Cual seres abyectos serán polvo vil.
 Del ceñudo magnate te olvidas,
 Del tirano desprecias la saña,
 De comer y vestir no te cuidas,
 Para ti cual la encina es la caña,
 Los cetros, las artes, la ciencia sutil,
 Siguiendo tu senda, serán polvo vil.
 Ya no temes del rayo la furia,
 Ni el pedrisco que al campo despoja,
 Ni el engaño cruel, ni la injuria,
 Que ni sientes placer ni congoja.

Amantes, alegres viviendo en su Abril,
 Siguiendo tus pasos, serán polvo vil.
 Exorcista ninguno te ofenda,
 Bruja alguna te cause perjuicio,
 Ni fantasma turbarte pretenda,
 Ni te dañe cruel maleficio.
 Ampare tu cuerpo perenne quietud;
 Bendito por siempre tu triste ataúd.

Vuelve á entrar BELARIO con el cuerpo de CLOTENIO.

GUID. Quedan nuestras exequias terminadas;
 Ponedlo aquí.

BEL. Tomad, pues, estas flores.
 Otras á media noche cogemos,
 Plantas que llevan nocturnal rocío,
 Las propias son para cubrir las tumbas.
 Boca abajo. También vosotros fuisteis
 Flores, marchitas hoy, como marchitas
 Quedarán estas lindas florecitas.
 Vamos, pues. Apartémonos. De hinojos
 A la tierra volved que os ha creado;
 Vuestros goces y penas han pasado.

(Vanse Belario, Guiderio y Arvirago.)

IMÓG. (Despertándose.)
 A Milfordia, señor. ¿Cuál es la senda?
 Gracias. ¿Por esas matas? ¿Dista mucho?
 ¡Cielos! ¡Faltan seis millas todavía!
 Toda la noche de viaje. Vamos,
 Me acostaré á dormir. Mas, poco á poco,
 Con compañero, no. ¡Dioses y diosas!

(Viendo el cuerpo de Clotenio.)

De la nave más bella de este mundo
 La grímpola abatir. ¿Dónde se halla?
 ¿Dónde ¡ay Póstumo! ¡ay triste! tu cabeza?
 ¿Dónde ¡ay de mi desventurada! dónde?
 Tu cabeza dejar, y mortalmente
 Herirte el corazón, Pisanio pudo.
 ¿Mas cómo pudo suceder? ¿Pisanio?
 Clotenio y él, la infamia y la codicia,
 La causa han sido del horror presente.
 Claro es. Claro es. ¿Aquella droga,
 Que llamó inapreciable medicina,
 No la hallé yo mortal? ¿á los sentidos?
 ¿No prueba plenamente que la hazaña
 Es obra de Pisanio y de Clotenio?
 ¡Oh! colora mi pálido semblante
 Con sangre tuya, y aparezca horrenda
 A quien me encuentre. ¡Oh dueño, dueño mío!
 (Arrojándose sobre el cadáver.)

Entran LUCIO, un CAPITÁN y otros JEFES, y un ADIVINO.

- CAP. Además las legiones de la Galia
 El mar, cual ordenásteis, han cruzado.
 Con vuestros buques en Milfordia esperan
 Y dispuestas están.
- LUC. ¿Mas qué de Roma?
- CAP. El Senado llamó á sus auxiliares
 Y á los nobles de Italia, que, animosos,
 Auguran buen servicio, y los conduce
 El valeroso Iáquimo, de Siena
 El hermano.
- LUC. ¿Juzgáis que lleguen pronto?
- CAP. Con el próximo viento favorable.
- LUC. Confirma tanto ardor nuestra esperanza.

Ordenad que las tropas se reúnan,
Y que los capitanes de ello cuiden.
Ahora, decidme vos: últimamente,
¿Qué habéis soñado acerca de esta guerra?

ADIV. Una visión anoche me mostraron
Los dioses mismos. Con ayuno y rezos
Noticias imploré. Ví lo siguiente:
De Jove al ave; el águila romana
Vi desde el turbio Sur volar á ocaso,
Y en los rayos del sol desvanecerse.
Lo que, si mis pecados no ofuscasen
Mi previsión, el éxito asegura
A las huestes romanas.

LUC. A menudo
Soñad, sin engañaros, de ese modo.
Pero, callad. ¿Qué tronco humano es éste?
Noble edificio acusa su ruina.
¿Cómo! ¿Un paje! ¿Sobre él muerto, ó dormido?
Muerto más bien. Naturaleza odia
Su lecho preparar sobre un cadáver
Y dormir sobre un muerto. Del muchacho
El semblante veamos.

CAP. Está vivo.

LUC. Del muerto entonces nos dará noticia.
Joven, tus cuitas cuenta, pues sin duda
Explicación exigen. ¿Quién es éste
Que ahora te está sirviendo de almohada?
Y quién, quien este bello cuadro hecho
Por la naturaleza desfigura?
¿Y qué parte es la tuya en tal desastre?
¿Cómo ocurrió? ¿Quién es, y tú quién eres?

IMÓG. Nada, ó si no mejor que nada fuera.
Este fué mi señor. Tan animoso
Como noble bretón. Por montañeses

¡Ay triste! asesinado. No es posible
 Amo mejor tener. Aunque camine
 Desde Oriente á Occidente, y los buscare
 Y los pruebe y los sirva y fueren buenos,
 No volveré á encontrar amo cual éste.

LUC. ¡Pobre mozo! Conmueves con tus quejas
 Tanto como tu amo con la sangre
 Que está vertiendo. Di su nombre, amigo.

IMÓG. Ricard del Camp. (Aparte.) Si miento y no hago
 Espero que los dioses me perdonen, [daño,
 Aunque escuchen. ¿Qué más se os ofrecía?

LUC. Tu nombre di.

IMÓG. Fidel.

LUC. Lo que tú eres.

Con tu lealtad, tu nombre se apareja:
 Tu lealtad con tu nombre. Yo no digo
 Que tendrás tan buen amo cual tuviste,
 Mas no te querrá menos de seguro.
 Carta del mismo emperador romano
 Que un cónsul me enviara, no valdría
 Lo que abogan por ti tus propias prendas.
 Conmigo ven.

IMÓG. Ya os sigo; mas primero,
 Si los dioses me ayudan, á mi amo
 De moscas libraré, cavando un hoyo
 Con estos miserables azadones;
 Y después de adornar su sepultura
 Con verdes hojas y silvestres plantas,
 Y un centenar de rezos sobre ella
 Como los sé, dos veces le repita,
 Llanto vertiendo gemiré, dejando
 De servirle después, para seguiros
 Si ocuparme os agrada.

LUC. Sí, buen joven,

Y más que tu señor, seré tu padre.
 Amigos, este joven nos indica
 Deberes varoniles. Buscaremos
 Linda pradera donde maya crezca,
 Y allí con nuestras picas y alabardas
 Cavaremos su fosa. Levantadlo.
 Joven, por causa tuya lo honraremos,
 Y cual soldado aquí lo enterraremos.
 Anímate y no llores, que en la vida
 Suele dicha traer una caída. (Vanse.)

ESCENA III

Bretaña.—Habitación en el palacio de Cimbelino.

Entran CIMBELINO, SEÑORES, PISANIO y acompañamiento.

CIM. Retornad y decidme cómo sigue.
 ¿Febril porque su hijo se halla ausente,
 Y que está delirante y que peligrá?
 ¡Cuántas desgracias de una vez! La ausencia
 De Imógenes, que fué mi gran consuelo;
 Mi reina enferma de peligro; y, cuando
 Guerra terrible se nos viene encima,
 Mi hijo, ahora aquí tan necesario, ausente.
 Tantas calamidades me anonadan.
 En cuanto á ti, que es fuerza que á la fuga
 De mi hija ayudaras, y pareces
 Tan ignorante, con feroz tormento
 Te he de hacer confesar.

Pis. Señor, mi vida
 Humildemente á vuestros pies depongo,
 Mas nada sé de donde está mi ama,

Por qué razón se fué, ni cuándo vuelve.
Creed, señor, en mi lealtad, os ruego.

1.^{er} SEÑ. Aquí se hallaba, excelso soberano,
El día en que notada fué su falta.
De su lealtad respondo, y de seguro
Que cumplirá fielmente sus deberes.
Con respecto á Clotenio, se le busca
Con diligencia grande, y yo no dudo
Que presto lo hallarán.

CIM. ¡Aciago tiempo!
Por ahora te escapas (á Pisanio), mas no obs-
Persisten mis sospechas. [tante,

1.^{er} SEÑ. Con permiso.
Señor, en vuestras costas ya se encuentran
Las romanas legiones de la Galia,
Con un aumento que el Senado envía
De nobles caballeros.

CIM. ¡Cuánto diera
Por los consejos de mi reina é hijo!
Abrumado me encuentro.

1.^{er} SEÑ. Soberano,
Con nuestras fuerzas afrontar se pueden
Las que nos dicen, y, si más llegasen,
Con más podéis luchar. Tan sólo falta
Dar movimiento á las dispuestas tropas.

CIM. Gracias. Vámonos, pues, y á los sucesos
Sabremos hacer cara. No me aterran
Los males que de Italia nos vinieren,
Pero me angustian los de aquí. Partamos.

(Vanse todos menos Pisanio.)

Pis. Carta ninguna tengo desde el día
En que anuncié de Imógenes la muerte
A mi señor. Es raro. Ni ninguna

Noticia de mi ama, que, á menudo
 Me dijo escribiría, ni tampoco
 Sé qué ocurre á Clotenio. En ignorancia
 De todo estoy. ¡Los cielos nos amparen!
 Falso me muestro para ser honrado.
 Soy traidor por leal. Que amo á mi patria
 El rey mismo ha de ver en esta lucha,
 O en ella acabo. Las demás sospechas,
 El tiempo aclare. Que en el mar incierto
 Buque hay que llega sin timón á puerto.

(Vase.)

ESCENA IV

Bretaña.—Ante la cueva de Belario.

Entran BELARIO, GUIDERIO y ARVIRAGO.

GUID. Próximo suena su clamor.

BEL. Huyamos.

ARV. ¿Qué placer es el nuestro en esta vida
 Apartados de empresas y aventuras?

GUID. ¿Ni qué podemos esperar huyendo?
 Los romanos, ó bien por ser bretones,
 Nos mataran al punto, ó recibidos
 Como bárbaros tráfugas seremos
 Para servirlos y después matarnos.

BEL. Hijos, á guarecernos en las cumbres.
 Unirnos con las tropas del monarca
 No es posible. La muerte de Clotenio
 Tan reciente; nosotros en el bando
 Desconocidos, y además no inscriptos,
 Ha de inducir á que nos pidan cuenta

De dónde hemos vivido, y arrancarnos
Así lo que hemos hecho, lo que muerte
Nos traerá con tortura dilatada.

GUID. Ahora, señor, en vos ese recelo,
Ni os cuadra, ni á nosotros satisface.

ARV. Ni es probable tampoco que, escuchando
De romanos corceles los relinchos,
Y las hogueras de sus campos viendo,
Teniendo sus oídos y sus ojos
Tan atestados como están ahora,
El tiempo gasten en hacernos caso
Para saber de dónde hemos venido.

BEL. Muchos en el ejército sin duda
Me conocen. Ya veis, Clotenio joven
Era aún, y los años su recuerdo
No lograron borrar. El rey tampoco
Merece mis servicios, ni merece
Que vosotros le améis. Ineducados
Quedasteis por razón de mi destierro,
A durísima vida reducidos,
Privándoseos por siempre de la dicha
A que os daba derecho vuestra cuna,
Y obligados á ser víctimas tristes
Del ardoroso sol en el verano
Y esclavos temblorosos del invierno.

GUID. Mejor no ser que ser de esa manera.
Al ejército, pues, el ir os pido.
A mi hermano y á mí nadie conoce.
A vos, tan olvidado y demudado,
Nadie preguntará ni una palabra.

ARV. ¡Allá me voy, por este sol que alumbra!
Nunca jamás morir he visto á nadie;
Si sangre vi, fué de cobardes liebres
O de salaces cabras y venados;

Monté á caballo una vez sola, en uno
Cuyo jinete, como yo, ni espuela,
Ni acicate jamás usado había.

Mirar al sacro sol rubor me causa,
Gozar de sus benditos resplandores
Quedando obscurecido tanto tiempo.

GUID. ¡Vive el cielo! yo iré. Si bendecirme
Queréis, señor, y darme vuestra venia
Me cuidaré mejor; mas, si no os place,
Que sobre mí las consecuencias caigan
Por la romana mano.

ARV. Amén, repito.

BEL. Pues valor tan escaso á vuestras vidas
Concedéis, no hay razón para que trate
Con más amor la mía, ya caduca.
Con vosotros también me voy, muchachos,
Y, si morís donde la patria os llama,
Sabed, muchachos, que también yo tengo
En el propio lugar hecha mi cama.
Guiad, Guiad. (Aparte). En vano los contengo,
Desdeñoso furor su sangre inflama
Hasta que fluya y muestre su abolengo.

(Vanse.)